

ornamentación de bolas y la piedra cárdena que engasta y ciñe las rojas paredes primitivas. Por dentro ofrece una nave espaciosa aunque irregular por la desigual anchura de sus bóvedas de crucería y del resalto de la base de la torre, metida en uno de sus costados; altos arcos semicirculares forman capillas á un lado y otro (1), y llena el fondo de la mayor un gran retablo de fines del siglo XVI ó de principios del XVII, en cuyos cuatro cuerpos se suceden estriadas columnas de orden dórico, jónico y corintio, conteniendo en el medallón central la figura ecuestre del patrón de España y en los demás compartimientos pinturas de sus hechos y milagros. No hay en las crónicas avilesas parroquia más nombrada que la de Santiago, donde velaban las armas los caballeros y donde suponen celebradas muchas de las solemnidades que refieren: de la auténtica sepultura y del notable epitafio de Gómez Jimeno vencedor en veinte y cinco batallas, no se conserva memoria alguna; pero del magnífico entierro del fantástico Nalvillos se habla como de suceso reciente y averiguado (2): de tal modo se sobreponen á la historia las leyendas.

Más abajo á la orilla del río se descubre San Nicolás, tan reducido y humilde, que sin su alta y lisa torre destituida de molduras y de carácter, apenas haría notar su existencia. Menudas labores de poco relieve con el signo del lábaro en el centro y cuatro gastados capiteles adornan su portada bizantina del norte, y detalles mejor conservados la del mediodía; el torneado ábside no lleva otra gala que simples canecillos. Una lápida coetánea refería al año 1198 su dedicación, mas desapareció sin duda al blanquear las tres pequeñas naves, al cubrir con

(1) En una de ellas hay una losa con este letrero: «D. Hernando de Villalba que falleció MDVII años.»

(2) Sobre el epitafio de Gómez Jimeno, véase la nota 1.ª página 314, y sobre Nalvillos la página 308. Otra inscripción no menos importante ha perdido Santiago, y es la que había á su entrada en dos antiquísimas piedras esculpidas con molduras, formando en cada una tres renglones de letra arábica, de la cual dice el autor del episcopologio, mencionándola como existente, que sólo podía descifrarse el nombre de Dios y que eran mágicos los demás caracteres.

dibujos de yeso la techumbre, al erigir sobre el altar un retablo de mal gusto, renovación desgraciada que nada perdonó por dentro sino insignificantes memorias de fundaciones del 1590 (1).

Dentro de la ciudad no hay más que tres parroquias sin contar la catedral, y San Juan ocupa el centro de ella volviendo al Mercado Chico la espalda y una torre de ladrillo, en reemplazo de la que se arruinó en 1703, donde tenía su reloj público el concejo. Éntrase por un portal de medio punto, bocelado y guarnecido de sartas de perlas, á la despejada nave de tres bóvedas desiguales en anchura como las de Santiago, alumbrada por ventanas de imitación gótica: nada dejaron allí de lo primitivo las obras promovidas por el obispo fray Ruíz, cuya actividad y largueza bien aprendidas de Cisneros atestiguan en casi todas las iglesias sus blasones. Pero un ilustre general de Felipe II, el valeroso Sancho Dávila, hizo reedificar conforme al estilo de Herrera la capilla mayor, levantando sobre alta gradería el presbiterio para labrar debajo de él dos bóvedas donde enterrarse, al través de cuyas rejas se divisaban dos sepulcros (2); detrás del templo esculpió por fuera su glorioso escudo de seis roeles. Más altos recuerdos todavía despierta la pila bautismal con haber regenerado en 7 de abril de 1515 á una niña nacida en 28 de marzo precedente para honra de Avila y luz del mundo, á la que había de llamarse Teresa de Jesús.

Muy á principios del siglo XIII se fundó la parroquia de San-

(1) Introdujéronse semejantes reformas á mediados del siglo XVII con motivo de las fiestas de Corpus que cada año por su turno celebraban las ocho parroquias. La inscripción consagratória de San Nicolás, según la traen Ariz y González Dávila, decía así: *In honorem B. Nicholai dedicavit hanc ecclesiam Jacobus Abulensis episcopus in qua venerantur recondite de reliquiis ejusdem sancti et gloriosissime virginis Marie atque sepulcri Domini nostri et S. Martine et S. Ilarii et S. Cecilie VI calend. novembris era MCCXXXVI.*

(2) Llegó este famoso caudillo á los más altos grados de la milicia; fué castellano de Amberes que defendió esforzadamente, y maese de campo general en la reducción de Portugal, donde se cubrió de gloria lo mismo que en Flandes, muriendo en Lisboa de resultas de una coz de caballo á 8 de junio de 1583. Escribióse en la tumba el epílogo de sus hazañas, sobre las cuales se imprimió en 1713 un libro titulado el *Rayo de la guerra*.

to Domingo bajo la advocación del de Silos, aunque en el retablo se venera la moderna efigie del patriarca de los frailes Predicadores (1). La portada puesta á un lado es bizantina, si bien orlada posteriormente de bolas en su éstrados y cornisa; el techo de madera descansa sobre dos grandes arcos tendidos paralelamente á la longitud del templo al cual dividen en tres naves; y si esta forma dista de parecernos la que tendría en su origen, mucho más reciente se manifiesta la de la capilla mayor con sus nichos decorados de frontón y pilastras.

Junto al palacio episcopal ocupa Santo Tomé la iglesia que dejaron vacante en el siglo pasado los expulsos jesuítas, y que baja y ahogada, con angostas naves á los lados, no corresponde á pesar de su crucero y media naranja á la esplendidez y gala que suelen desplegar las de aquel instituto. La vieja parroquia estaba fuera del recinto amurallado á la salida del postigo de la Catedral, y en una plazuela pueden verse aún restos de su fachada, de no grande antigüedad por cierto, dividida por machones en tres compartimientos y perforada en medio por una claraboya.

Estas son las ocho parroquias que cuenta Ávila desde más de tres siglos: á mediados del XIII tenía once más, ascendiendo entre todas al número de diez y nueve (2). Unas con el tiempo se trocaron en conventos, otras se redujeron á ermitas, algunas

(1) No pudimos dar con la lápida relativa á la consagración de la iglesia y colocada en su exterior, según Yepes y González Dávila; pero si estaba en castellano tal como la copian, sería menos de deplorar su pérdida faltándole para ser auténtica el carácter de antigüedad. «Presidiendo, decía, en la silla episcopal de la santa iglesia de Ávila don Pedro, consagró esta iglesia por reverencia del glorioso confesor santo Domingo, en la qual están las reliquias de los santos mártires san Justo y Pastor, san Sebastian y san Sixto obispo papa y mártir, en la era de mil y docientos y quarenta.» El autor del episcopologio leyó *era mil docientos quarenta y ocho*, que correspondiendo al año de 1210 viene mejor con el nombre del obispo que era Pedro á la sazón, pues el que había en 1202 se llamaba Diego.

(2) Hállanse nombradas en una relación que de las parroquias y lugares del obispado pasa desde Lyon al obispo y cabildo en 6 de julio de 1250 don Gil, cardenal de San Cosme y San Damián, expresando que en San Pedro, Santo Tomé y Santo Domingo se perciben las tercias íntegras de los diezmos y en las otras diez y seis las medias tercias solamente. (*Arch. capitular.*)

han desaparecido por completo, las restantes subsisten más ó menos desfiguradas. De las suprimidas solamente dos caían dentro de las murallas, San Silvestre y San Esteban: la primera cedida á los Carmelitas en 1378 é incorporada á la de Santo Domingo; la segunda de creación contemporánea, según se dice, á la restauración de la ciudad y visible aún hoy en una de las pendientes y solitarias calles del oeste por su bizantino ábside de sillería adornado de columnas bien que privado ya de ventanas.

De cuantas exteriormente rodeaban la almenada cerca, la más notable es la de San Sebastián, por otro nombre de Santa Lucía, que tomó el de San Segundo desde que en ella se encontraron los venerables despojos del primer obispo. Situada al noroeste, á la derecha del puente del Adaja, el rumor de las aguas y la frondosidad de los árboles comunican un singular realce á sus tres torneados cubos y á su puerta lateral salpicada de florones planos en sus decrecentes arquivoltos y flanqueada de columnas de abultados capiteles. En el techo de madera y en los sencillos arcos de medio punto que ponen sus tres naves en comunicación, no se distingue su pobre y antigua fábrica de las otras de su clase: el retablo conserva las primitivas pinturas engastadas en talla churrigueresca. Había ya dejado de ser parroquia y hallábase al cuidado de una hermandad, cuando al abrir la gruesa pared que mediaba entre la capilla mayor y la colateral derecha en 1519, se tropezó con una arca de piedra; y los huesos, las cenizas, los restos de vestiduras contenidos en ella con un anillo de oro y un cáliz, se declararon por de San Segundo en vista del rótulo que los acompañaba, confirmando esta creencia los prodigios obrados en varios enfermos. Túvose con esto aquel edificio, aunque al través de grandes y repetidas mudanzas como deja entenderse, por el templo primordial que erigió en Ávila el discípulo de los apóstoles (1);

(1) Ayora, que escribía en el mismo año de la invención del santo cuerpo,

y fuese por reverencia al lugar, fuese por el tenaz empeño de los cofrades en retener su tesoro, la traslación de las insignes reliquias á la catedral, bien que autorizada por el papa León X al año siguiente de su hallazgo, no se verificó hasta el 11 de setiembre de 1594 (1). Á la ermita le quedó, según expresa el letrero, mucha parte de las sagradas cenizas y encima del arca una grande y bella estatua de alabastro traída de Valladolid, que mandó erigir al santo en 1573 doña María hermana del obispo don Álvaro de Mendoza y mujer del célebre Francisco de los Cobos, representándole de rodillas como los bultos sepulcrales de aquel tiempo con un libro abierto sobre el reclinatorio.

Parroquia fué asimismo con el título de San Bartolomé, consagrada en 1210 por el obispo Pedro el de las Navas (2), la que ahora sirve de capilla al cementerio bajo el nombre de Santa María de la Cabeza que se le impuso al renovarla por los años de 1660. Aún guardan su techumbre de madera las tres naves con tragaluces abiertos encima de los arcos, y su bóveda de medio cañón algo apuntada los tres ábsides graciosos aunque desnudos de ornato exterior. Igual fortuna ha tenido San Martín, que en su burgo septentrional contaba por feligreses, si nos atenemos á las crónicas, mil nuevecientos maestros y oficiales de cantería ocupados en la fábrica de los muros y de la catedral: la restauración del 1705 no destruyó sino su

dice que aquella fué la iglesia mayor de los primeros cristianos, y que siendo tan anterior al martirio de santa Lucía y de san Sebastián llevaría en un principio la advocación del Salvador. Sobre el cáliz que se supone hallado en el sepulcro nos remitimos á lo dicho en la nota 2.<sup>a</sup>, pág. 375. Hasta 1574, más de medio siglo después del hallazgo, no se procedió á recibir las informaciones de los testigos, y esta tardanza pudo dar origen á confusiones é inexactitudes.

(1) Queda ya referida, pág. 372, al tratar de la capilla de san Segundo en la catedral.

(2) Ha desaparecido de ella la siguiente inscripción referida por Ariz y por Gil González: *In honorem S. Bartholomei apost. dedicavit hanc ecclesiam Petrus, in qua venerantur recondite de reliquiis ejusdem sancti et S. Lucie et sanctor. Xisti, Justi et Pastoris, Valentini, Pancracii, Villi et Modesti, VII idus decemb. era MCCXLVIII.*

capilla mayor para hacer el camarín de la Virgen de la Misericordia, pasando el antiguo cuadro del titular frente á la puerta del costado, y supo respetar su esbelta torre mitad de piedra y mitad de ladrillo, cuyas ventanas ojivas y reentrantes, una en el primer cuerpo y dos en el segundo de cada frente, recuerdan con especial encanto las torres semi-arábicas de Toledo.

Hay al sudoeste al pié de la muralla, según se baja al río, una iglesia abandonada y ruinoso, cuya inminente desaparición hace parecer más hermosa su sillería, más gentiles las tres ventanas y columnitas de su ábside, más interesante su ingreso lateral sembrado de florones en las dovelas y apoyado en cuatro lindos capiteles. Yace hundido el maderaje del techo, y sólo permanece en pié el arco románico de la capilla mayor. Antes que á san Isidoro, cuyo título lleva, estuvo dedicada á san Pelayo, si algún sentido tiene la desconcertada inscripción que se puso en 1232 al consagrarla y que no conocemos sino por copia supuesto que ya no existe (1); en 1437 figuraba como parroquia bajo entrambas advocaciones. Pronto se borrarán hasta sus vestigios, como se han borrado los de tres compañeras suyas en las afueras del mediodía: la Trinidad contigua á un hospital que se arruinó también y reedificada por el caballero Juan Núñez Dávila á mediados del siglo xv, Santa Cruz agregada á Santiago y demolida al cabo por decrepita en 1770, y San Román que en tiempos muy anteriores vino al suelo con su barrio inmediato al de San Nicolás. Completaban la expresada cifra de diez y nueve San Cebrián cuyo sitio se ignora, y San Gil que conservó su nombre y su puesto en el arrabal de levante al pasar sucesivamente á manos de los Jesuitas y de los Jerónimos.

(1) Tráela solamente Ariz, quien no fuera extraño que hubiese añadido equivocaciones á los copiosos é increíbles solecismos con que fué escrita y que no nos aventuraremos á enmendar: *In honorem S. Marie Deo Christi Pelagio ipse me Pedro Abulense quidamque varones vere christiani confirmavit atque consecravit ecclesiam que reducta est Isidorum chalendis novembris era MCCLXX et in honorem dive Marie fecit consecrare hanc ecclesiam, cujus anima requiescat in pace amen.* Si no hay error en el año, debió ser el primero del episcopado de dicho Pedro, pues en 1231 vivía su antecesor Domingo.

Se ha dicho que fueron también parroquias San Miguel y San Lorenzo, pero ni en aquel ni en otro documento las hallamos continuadas como tales, y creemos que jamás pasaron de oratorios. Pobre y sin carácter el primero arrastra en el distrito de San Pedro una precaria existencia; perdióla el segundo en 1835, sirviendo sus piedras para reforzar la defensa de la ciudad por el lado del norte. Atribúfasele un origen inmemorial; decíase que á su lado habían vivido ciertas emparedadas, y dábale especial nombradía la leyenda de una doncella, que huyendo de la persecución de un desatentado mancebo pidió allí fervorosamente al Señor que le quitase de una vez su peligrosa belleza. De repente se le pobló de barbas el delicado rostro, de donde le vino llamarse Barbada en vez de Paula, y se consagró al servicio de la tumba de san Segundo junto á la cual á su muerte fué enterrada. En la época y circunstancias del suceso varían sobremanera las relaciones (1); pues de este inapreciable holocausto de la hermosura en aras de la castidad no hay más dato que la tradición, ni más monumento que un retablitto ni antiguo ni bueno, que á causa del derribo de San Lorenzo fué trasladado con otro del santo á la vecina parroquia de San Andrés.

Otras ermitas han caído al rededor de Ávila, cuya pérdida artística no puede exactamente valuarse por ignorar hasta qué punto las reformas del siglo xvii habían alterado su fábrica primitiva. Con ellas y con las avenidas del río habían cambiado de aspecto al otro lado del puente, San Lázaro, antiguo hospital reedificado dos veces, en el episcopado de fray Ruíz y en el de Rojas Borja, que tomó luégo el nombre de nuestra Señora de

(1) Unos lo refieren al siglo vi, otros al xi; y de todas maneras hubo de acontecer en tiempos en que todavía no se hubiese perdido la noticia del sepulcro de san Segundo, objeto, según se cuenta, de las frecuentes peregrinaciones de la piadosa doncella desde su lugar de Cardeñosa, y de sus asiduos cuidados más adelante. De su entierro en la iglesia de san Sebastián habla Ayora llamándola Barbacia: acaso del nombre se originó la leyenda. En 1530 se le puso allí un retablo, que no es el que hay ahora en San Andrés.

la Caridad venerada en su capilla; San Mateo que se hundió en 1812, y San Julián desaparecido ya en 1740. Á la parte del sur se veían San Cristóbal y San Marcos en un cerrillo frente á la actual alameda; en San Benito que permaneció hasta nuestros días, se congregaba un tiempo la comunidad ó cabildo de las parroquias; al sudeste hacia las Gordillas existía San Roque y hacia el convento de Santo Tomás nuestra Señora de las Aguas. Queda junto á las monjas de Santa Ana el Cristo de la Luz, otra de las fundaciones del piadoso Juan Núñez Dávila en 1467, en el camino de Valladolid el Resucitado más allá de San Francisco, cerca de San Vicente el Cristo del Humilladero, pequeña construcción del renacimiento de planta cuadrada y de puerta semicircular que costó reñidos pleitos con la vecina parroquia de 1552 á 1591, y en la bajada del sudeste nuestra Señora de las Vacas, única que inspira algún interés. Su origen se deriva de unas vacas que araban por sí solas mientras oía misa un devoto labrador, su fecha se remonta al siglo xiii en que era ya encomienda de la orden de San Juan, su fábrica actual se atribuye en cuanto á la nave al citado Núñez Dávila, y respecto de la capilla mayor, hecha según el estilo de Herrera, al virtuoso sacerdote Alonso Díaz en 1582. Hay á media legua de la ciudad en fresco y ameno sitio otro santuario de la Virgen titulada de Sansoles, más notable por el suntuoso camarín y ricas ofrendas tributadas á la veneranda efigie, que por su edificio ampliado en 1480 á expensas de D.<sup>a</sup> María Dávila y por su retablo y portada de principios del siglo xvii.

Como oratorios pudieran considerarse dentro de los muros la capilla de las Nieves y la grandiosa y espléndida de mosén Rubín de Bracamonte; pero la una fué en algún tiempo iglesia de religiosas y la otra ha venido á serlo al presente, y ambas hallarán lugar en la insigne serie de conventos que en competencia con la de parroquias va á desplegar la ciudad de los santos ante nuestros ojos.

